

DISCURSO DE DON ARMANDO ALARCON DEL CANTO

Señor Presidente de la Universidad de Concepción,
Señores Directores, señores Profesores,
Señores:

Es lástima que un impensado designio haya hecho que deba expresar sus pensamientos en esta hermosa fiesta en representación de las autoridades de la Provincia no un artista literario, no un verdadero escritor, sino solamente un funcionario que no podrá daros a conocer, en síntesis brillante, la trascendencia histórica que envuelve para la provincia la celebración de los 25 años de vida de la Universidad de Concepción.

Para sentir la obra de la Universidad en esta hora de reconocimiento y recuerdo, no basta emitir un bello juicio sobre la función educacional, ni revisar con sentido utilitario o materialista el aporte que su instalación y funcionamiento representa a la economía y a la actividad general de nuestra provincia. Vale más, mucho más, seguir su vida en el elevado y trascendente plano de desarrollo espiritual que se ha alcanzado gracias a la labor de la Universidad en el acrecentamiento de la función de pensar con independencia, en la tarea realizada de emancipación de las influencias de dogmas muertos y de opiniones anticuadas, porque ello sí que importa penetrar en el verdadero sentido de su existencia y constituye la auscultación precisa de su brillante e imperecedera labor.

El pensamiento se ha desarrollado libremente en las aulas de la joven Universidad penquista, sin que las alternativas po-

líticas o sociales, las dictaduras o los regímenes de fuerza que se han sucedido reiteradamente en el país lograsen entrarlo. Las generaciones de estudiantes que han pasado por sus aulas y que recientemente se han incorporado a la vida activa chilena, son frutos promisoros en el mundo científico e intelectual a expensas de este desarrollo libre y espiritual que pugna y propende a que cada uno forme su propio destino, sin otros guías que el pensamiento y la razón.

Hemos tenido el privilegio de asistir al desarrollo de este instituto de cultura y de sentir, año tras año, cómo se llenaba y cumplía la misión para que se había creado y cómo los primeros propósitos de sus fundadores—delicados sueños de idealistas—se iban cumpliendo y materializando en obras en que la vida palpita reciamente. Si difícil fué a los fundadores de la Universidad crear de la nada la parte material que constituye la Universidad de Concepción, hay que reconocer cuán enorme y sostenido ha sido y sigue siendo el esfuerzo que pesa sobre los profesores para hacer crecer en el silencio, como acaece con todo lo grande, el prestigio científico de la Universidad. Conscientemente, pensaron que un alma tiene que llenarse infinitamente para que pueda comunicar su contenido a otra, sabiendo que desde temprano el profesor debe asimilar con sus sentidos e inducir a éstos a que emjambren como las abejas para que la miel dorada de la ciencia se condense grávida, líquida y transparente.

La obra de la Universidad no ha terminado, pues antes de que osáramos notar claramente que allí se había alcanzado una medida intelectual, una forma única en la ciencia que pudiese significar que el futuro sería sólo una repetición del presente, la misma Universidad había ya reconocido el peligro que la amenazaba. Y, en medio del camino, mejor dicho, en la cima de su perfección, se detiene y comienza en una dirección más acorde con las exigencias del porvenir, como si le estuviese vedado descansar, buscando colocar su acerbo científico en pos

del desarrollo de la economía y del progreso industrial y agrícola que tanta importancia está llamado a tener en esta zona donde una concentración manufacturera y fabril, que cada día se extiende más y más, está formando la riqueza chilena.

La vida llama poderosamente al hombre y superpoderosamente a los investigadores para que obren concretamente en ella y para que contribuyan a formarla en lo invisible. Así reclama de cada cual que se resuelva por una actitud única, que se decida para la obra perdurable o para la vida en el tiempo.

La obra perdurable para la Universidad de Concepción consiste en formar los hombres más sobresalientes de la sociedad, los que se distinguen por su más acertada manera de hallar, plantear y resolver los problemas, por su aptitud de comprender y su capacidad de actuar, por su amor y respeto por todo lo que es bello y elevado. Y la obra perdurable de los hombres que forja la Universidad de Concepción es propender a la formación de un Estado mejor, de una comunidad en que se amortigüen las luchas de clases y en que exista un pueblo pleno de interior satisfacción. Cuanto más intensa sea esta acción por parte de sus egresados, mayor será la exuberancia vital del pueblo, lo que contribuirá a eliminar los elementos parasitarios, la feblez en los gobernantes, el rebajamiento en la vida política y social.

Sólo entonces interrumpirán su mudez las campanas del ideal que llaman a los pueblos a la libertad y sólo entonces serán escuchados, porque sus lenguas de bronce no anunciarán una quimera.

Señores: Aceptad por mi intermedio el reconocimiento de las autoridades por el homenaje que habéis querido brindarle con ocasión de tan memorable aniversario.